

Destas cosas pasaban por mí muchas. Gustaba dellas y de mí como de un jugador; porque si algún paje se dormía, bien pudieran otro día comprarle zapatos y medias, que libramientos de cera eran sus despertadores. Nuestro ejercicio era cada día, dos horas á la mañana y dos á la tarde, oír á un preceptor que nos enseñaba, de quien aprendí, el tiempo que allí estudié, razonablemente la lengua latina, un poco de griego y algo de hebreo; lo mas después de servir á nuestro amo, que era harto poco, leíamos libros, contábamos novelas, jugábamos juegos. Si salíamos de casa, era solo á engañar buñoleros, que con los pasteles buenos crédito teníamos ganado. De noche dábamos lecciones á las damas cortesananas, y á las puertas cantaletas. En esto pasé hasta que me apuntó la barba; y aunque te parecerá vida de entretenimiento, era entretenerme en un palo, con una argolla al pescuezo, puesto á la vergüenza: todo me hedia, nada me asentaba, día y noche sospiraba por mis pasados deleites. Cuando me vi mancebo (que pudiera bien ceñir espada) holgara de algún acrecentamiento, de donde pudiera cobrar esperanzas para valer adelante; y estoy cierto que si mis obras lo merecieran, no me faltaría; mas en lugar de cobrar juicio y hacer cosas virtuosas para ganar la voluntad, obligando con ellas, di en jugar aun hasta mis vestidos, y como era un poco libre, también lo andaba en el juego.

Siempre procuré aprovecharme de todas cuantas trampas y cautelas pude, en especial jugando á la primera. ¿Cuántas veces yendo en dos, tomé tres cartas, y teniendo cinco, envidé con las tres mejores? ¿Cuántas veces tomé la carta postrera, y ponerla debajo, veía si era buena ó no, y muy de espacio brujuleaba la otra ya vista, y hacia partidos, que era robar en poblado? ¿Cuántas veces tenía un diácono á mi lado, que se hacia dormido y me daba las cartas por debajo? ¿Cuántas veces andaba un adalid por cima que me daba el punto de los otros, para saber el que tenían, y á qué iban, y por señas tan sutiles me lo decía, que era imposible poder entenderse? ¿Cuántas pandillas hice dando al contrario cincuenta y dos, y quedándome con as hice cincuenta y cinco, ó con un cinco, que hice cincuenta y cuatro, y mejoré mi punto, ó gané por la mano? Pues ya cuando jugábamos dos á uno, y nos dábamos las cartas, tomar naípe desechado, poniéndolo encima, jugar con guion, hacer trascartones, poner el naípe de mayor ó señalarlo, habiéndome hecho de concierto con el coñero ó con el que lo vende. ¡Oh, qué hice de ruindades y fullerías! Ninguna hubo que no entendiera y supiera, todas las obraba; porque la ceguera del juego es tal, que tienen los cautelosos en él mucho campo; y si lícito fuere, digo lícito, que como en la república se permiten casas de pecados, por escusar otros mayores, había de haber en cada pueblo principal maestros destas bellaquerías, donde los inclinados al juego las entendiesen y no los engañasen; porque nuestra sensualidad se deja vencer fácilmente del vicio, y hace vil costumbre lo que se inventó por lícito ejercicio. Con razon se dirá vil costumbre, cuando descompuestamente lo siguen, sacándolo de su curso.

El juego fué inventado para recreacion del ánimo, dándole alivio del cansancio y cuidados de la vida; y lo que desta raya pasa es maldad, infamia y hurto; pues pocas veces se hace, que no se le junten estos atributos. Voy hablando de los que se llaman jugadores, que lo traen por oficio y tienen por costumbre, no obstante que deseo mas que se aparten del aquellos que son mas nobles, considerando los daños que dello se le sigue, viendo que el malo se iguala con el bueno, y que, si él gana y el otro pierde, se obliga á sufrir muchos atrevimientos y descomposturas, palabras y meneos, que la ganancia sola pudiera sufrirlo y no un hombre de honor; y otras cosas (que no me atrevo á decir), tales de calidad, que no solo por ellas y las dichas habían de aborrecer el juego, pero las casas

donde se juega. Mas ya que nuestro apetito es tan desenfrenado, no sería malo, si no importante, que sepa el mancebo las leyes, los partidos, las tretas, los engaños que en él hay; y si dello sacaren provecho ó rebundieren, rehunda el resto en botas, calzas, puños, cuello, cinta en el pecho, en las mangas, donde pueda, para que no pierda su dinero, y se lo lleven como bestia, que demás de ganárselo, burlan dél. Una cosa procuré; nunca sentarme á jugar con poco ni de poco, ni con persona que no aventurase á ganar mucho, jugando mi real á tres, y sin dar mohina ni tomarla. Yo me entretenia ya de manera que hacia muchas faltas; y no es posible que pueda el jugador cumplir con sus obligaciones, y menos el que sirve. Yo no sé cuál señor quiere dar pan á criado jugador; porque si tiene hacienda á su cargo, hacienda de que puede aprovecharse, y pierde, ha de jugar por cuenta del amo, en ventura si podrá esquitarse; pero si vuelve á perder, y no tiene de qué pagar, ha de hacer otro mayor daño, cuando aquel quisiera remediar; si no tiene á cargo hacienda, no es posible asistir á las horas que ha de servir, ni lo han de hallar cuando fuere menester, como á mí me aconteció.

Sentíalo monseñor en el alma; nada pudo aprovechar conmigo amonestaciones, persuasiones, palabras ni promesas para quitarme de malas costumbres; y estando una vez con los mas criados de casa (en mi ausencia) les dijo lo bien que me quería, y deseo que de mí bien tenía; y pues conmigo no bastaban buenos medios, se usase una estratagemas: que echándome unos días de casa, podria ser que viendo mis faltas, amansaria conociendo mi miseria; pero que no se me quitase la ración, porque no hiciese cosa torpe ni mal hecha. ¡Oh virtud singular de principe, digna de alabanza eterna, y á quien deben imitar los que quieren ser bien servidos! Que si los criados no son cual yo era, es imposible no dar mil vidas por solo un pequeño gusto de los tales amos. Previnome la necesidad forzosa de la comida: ¡libreos Dios todo poderoso de tal necesidad! Todas las otras, trabajo se padece con ellas; pero el comer y no tener de qué, llegar la hora y estar en ayunas, pasar la noche y no haberlo hallado, no aseguro la primera capa que se encontrare por la mitad de lo que vale.

Hizose así en tiempo harto trabajoso, porque como un día y noche hubiese estado jugando, y perdido cuanto dinero tenía, y del vestido me quedase solo un juboncillo y zaragüelles de lienzo blanco; viéndome así, metime en mi aposento sin osar salir dél; y aunque me quise fingir enfermo, no pude; porque monseñor era tan puntual en la salud y cosas necesarias de sus criados, que al momento me hiciera visitar de los médicos; y también porque de boca en boca luego se supo en toda la casa mi daño. Como le falté á la mesa tantos días, preguntaba siempre por mí; pesábale que se dijese chismes, y de que unos fiscalesen á otros; y así le decían: por ahí anda. Creció su sospecha, no me hubiera sucedido alguna desgracia, y apretando mucho por saber de mí, fué necesario satisfacerlo, diciéndole la verdad. Pesóle tanto de mi mala inclinacion, viendo cuán disolutamente sin temer ni vergüenza procedia, que mandó me hiciesen un vestido, y con él me echasen de casa en la forma que lo había mandado antes. Vestíome el mayordomo, y despedíome. Corríme tanto dello que, como si fuera deuda que se me debiera tenerme monseñor consigo, haciendo fieros me salió, sin querer nunca mas volver á su casa, no obstante que me lo rogaron muchas veces de su parte con recaudos y promesas, diciéndome el fin con que se había hecho, y solo haber sido pensando reformarme. Significáronme lo que me quería, y en mi ausencia decía de mí; nada pudo ser parte que volviese; siempre tuve mis trece que parecia vengarme con aquello; estendime como un ruin, que déme para ruin, pues fui ingrato á las mercedes y benefi-

cios de Dios, que por las manos de aquel santo varón de mí amo me hacia.

Justa sentencia suya es que á quien las buenas obras no aprovechan, y las tiernas palabras no mueven, las malas le dohen con duro y riguroso castigo. Fuera de juicio salgo del poco mio que tuve, dándoseme por todo nada, como si nada me faltara. ¿Cuánto menosprecié lo mucho que por mí se hizo, tan sin qué, por qué ni para qué, pues ni en mi capacidad cabía, ni á mi servicio se debía, ni por gratitud lo merecía! ¿Qué mal supe conservar aquel bien presente, ni merecer el que con aumento esperaba, y sin duda recibiera! ¿Qué desconocido anduve al regalo con que fui curado! ¿Qué olvidado de la solicitud con que fui administrado! ¿Qué ingrato á la caridad con que fui servido! ¿Qué descuidado del cuidado con que fui dotrinado! ¿Qué soberbio á la mansedumbre con que fui amonestado! ¿Qué pertinaz á las dulces palabras con que fui persuadido! ¿Qué sordo á las graves razones amorosas con que fui reprehendido! ¿Qué áspero á la paciencia con que fui sufrido! ¿Qué incorregible al favor con que fui defendido! ¿Qué rebelde á los medios que para mí remedio se buscaron! ¿Qué incapaz del buen término con que fui tratado! ¿Qué sin enmienda de los descuidos que me disimularon! Si cualquiera de los dos que me tuvieron por hijo fuera vivo, ni ambos juntos que volvieron á su prosperidad, hicieran tanto ni con tanto amor, sufriendome por solo él tantas y tan perjudiciales travесuras, que así tan desenvueltamente las usaba, no como en casa de mi señor ni de mi padre, sino cual en la mia. Con menos respeto trataba en su presencia que si fuera igual mio, y él con entrañas de Dios me lo sufría. Estoy cierto, que quien me engendró me hubiera aborrecido y dejado de la mano cansado de mis cosas: monseñor no se cansó, no se indignó ni airó contra mí. ¡Oh condicion real, heredada del padre verdadero, hacer bien y mas bien á los tales como yo!

Esperándome un día, una semana, un mes, un año y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya escusa, y que atajados con vergüenza, pronunciamos contra nosotros la sentencia que nuestros delitos merecieren. En todo seguí mi gusto, á todo hice oídos de mercader; apelé para mi carne, que pronta para mis vicios en seguirla, me desvaneci; tuve para ejecutarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia, y para no dejarlos firmeza. Tanto en ellos era natural como extraño en las virtudes. Querer culpar á la naturaleza, no tendré razon; pues no menos tuve habilidad para lo bueno, que inclinacion para lo malo; mia fué la culpa, que nunca ella hizo cosa fuera de razon, siempre fué maestra de verdad y de vergüenza; nunca faltó en lo necesario; mas como se corrompe por el pecado, y los míos fueron tantos, yo produje la causa de su efecto, siendo verdugo de mí mismo.

CAPITULO X.

Cómo despedió Guzmán de Alfarache de la casa del cardenal, asentó con el embajador de Francia, donde hizo algunas burlas. Refiere una historia que oyó á un gentilhombre napolitano, con que da fin á la primera parte de su vida.

No me puedo quejar de haberme monseñor despedido de su casa, si como dije y fué verdad, tanta instancia hizo por volverme á ella; mas como hervia la sangre, considerélo bien mal. Quiero decir bien mal, de no considerar mi mal bien. Andábame vagando la flor del berro por las calles de Roma, y como tenía de la prosperidad algunos amigos de mi profesion, viéndome desacomodado, me convidaban, aunque me costaba muy caro, que la comida en compañía del malo, dando el alimento á cuerpo, destruye con malos humores el alma; que mas me destruian sus malos consejos y costumbres, de que solo me ha quedado el arrepentimiento; porque lo vine á conocer cuando ya me hallé con el agua á la boca. Entranse los vi-

cios callando; son lima sorda, no se sienten hasta tener al hombre perdido; son tan fáciles de recibir, cuanto dificultosos de dejar; y los amigos tales son fuelles, encienden la llama que comienza á arder, y con una centella levantan gran hoguera. Bien pudiera yo cobrar mi racion, habiéndome dicho el mayordomo de mi amo, que fuese ó enviase por ella cada día; mas dejé de obstinado, y queria mas la hambre con los malos, que hartura de los buenos. Bien presto me dieron el pago los que me aconsejaron que la perdiese, y por cuya confianza yo lo hice: cansáronse de darme muy presto; no solo no me lo dieron, mas por no darme me aborrecieron.

Esto de huéspedes tiene misterio; siempre hallé en el que convida boca de miel y manos de hiel: con franqueza prometen, con avaricia dan, con alegría convidan; y con tristeza comen. Los huéspedes han de ser á deseo, ricos y de pasaje, han de pisar poco la casa, calentar poco la silla, y asistir poco á la mesa para no dar hastio. No te fies creyendo ser hospedado liberal y francamente, como suenan las palabras, que para mí es regla cierta de hospederías, haberse de recibir de un pariente una semana, del mejor hermano un mes, de un amigo fino un año, y de un mal padre toda la vida. Solo el padre no se cansa, que todos los mas de poco se empalagan y enfadan; lo que mas tardares, has de ser odiado y enojoso, y te querrian echar en el pan zarazas. Dame pues por ventura, si te convida un casado, y la mujer es angosta de pechos, la hacienda suya y un poco brava, ó si es madre ó hermana; finalmente, mujer, que las mas de suyo son avarientas, cómo lo lloran, cómo lo sienten, cómo lo maldicen, y aun á sí mismas con ello. El día que en tu casa pudieres comer con piedras duras, no quieras en la ajena pavos blandos.

Mis amigos, hartos de mí, no fué necesario que yo avergonzado los dejase, pues ellos me desecharon, yéndose acertando en el dar, hasta sin rebozo venirlo á negar. Fuéme forzoso buscar un árbol donde arrimarme, que me hiciese sombra con la comida; víme tan apretado, que cual el hijo pródigo, quisiera volver á ser uno de los mercenarios de la casa de monseñor. Fué mi desgracia tanta, que ya era fallecido; ya yo estaba rendido, y me queria sujetar con muy determinada voluntad en la enmienda; mas acudí tarde, que quien cuando puede no quiere, bien es que cuando quiere no pueda, y pierda por el mal querer el bien poder. No distó mi buena de mi mala fortuna espacio de dos meses; y si los asistiera sin la mudanza que hice, cuando mal y peor librara, me quedara, como al que menos de sus criados, con una honrada ración para toda mi vida, y en ventura de alguna mejoría; mas pues así fué, sea Dios loado. No podré decir que mi corta estrella lo causó, sino que mi larga desvergüenza lo perdió; las estrellas no fuerzan, aunque inclinan. Algunos ignorantes dicen: ¡ah señor! al fin había de ser, y lo que ha de ser conviene que sea. Hermano mio, mal sientes de la verdad, que ni ha de ser ni conviene ser; tú lo haces que sea y que convenga. Libre albedrio te dieron con que te gobernases, la estrella no te fuerza, ni todo el cielo junto con cuantas tiene te puede forzar; tú te fuerzas á dejar lo bueno, y te esfuerzas en lo malo, siguiendo tus deshonestedades, de donde resultan tus calamidades.

Entré á servir al embajador de Francia con quien monseñor (que está en gloria) tuvo estrechas amistades, y en su tiempo gustaba de mis mimerías. Mucho se deseaba servirme de mí; no se atrevió á recibirme por el amistad que estaba de por medio. En resolución allá me fui; haciame buen tratamiento, pero con diferente fin, que monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona, y el embajador al gusto de la suya; porque lo recibía de donaires que le decía; cuentos que le contaba, y á veces de recaudos que le llevaba de algunas damas á quien servia. No me señaló plaza ni oficio, generalmente le servia,

y generalmente me pagaba; porque ó él me lo daba, ó en su presencia yo me lo tomaba en buen donaire; y hablando claro, yo era su gracioso, aunque otros me llamaban truhán, chocarrero. Cuando teníamos convidados (que nunca faltaban), á los de cumplimiento servíamos con gran puntualidad, desvelando los ojos en los suyos; mas á otros importunos, necios, enfadosos, que sin ser llamados venían, á los tales hacíamos mil burlas; á unos dejándolos sin beber, que parecía que los criábamos como melones de seco; á otros dándoles á beber poco y con tazas penadas; á otros muy aguado, á otros caliente. Los manjares que gustaban, alzábamos el plato, servíamos con salado, acedo y mal sazonado; buscábamos invención para que les hiciese mal provecho por aventarlos de casa.

Una vez aconteció, que como un inglés hubiese dicho ser pariente del embajador, y tuviese costumbre de venirnos á casa cada día, mi amo se enfadaba, porque demás de no ser su deudo, no tenía calidades ni sangre noble, y sobre todo, era en su conversacion impertinente y cansado. Hombres hay que aporrean un alma con solo mirarlos, y otros que se meten en ella, dejándose querer, sin ser en las manos del uno ni en el poder del otro el odio ni el amor; pero este parecía todo de plomo, mazo sordo. Una noche al principio de cena comenzó á desvanecerse con mil mentiras, de que el embajador se enfadó mucho, y no pudiéndolo sufrir, me dijo en español, que el otro no entendía: «mucho me cansa este loco.» No lo dijo á tonto ni sordo, luego lo tomé á destajo: fuille sirviendo con picantes que llamaban á gran priesa; era el vino suavísimo, la copa grande iba menudeando de polvillo en polvillo, se levantó una polvareda de la maldición: cuando lo vi rendido y á treinta con rey, quitéme una liga, y púsele una lazada floja en la garganta del pié, atando el cabo con el de la silla, y levantados los manteles, cuando se quiso ir á su posada, no tan presto se alzó del asiento, como estaba en el suelo, hechas las muelas y los dientes, y aun deshechas las narices; de manera, que vuelto en sí otro día, y viendo su mal recaudo, de corrido no volvió mas á casa. Bien me fué con este, porque sucedió como deseaba; mas no todos los lances salen ciertos: algunos hay que pican y se llevan el cebo, dejando burlado al pescador, y el anzuelo vacío, como me aconteció con un soldado español de mas de la marca. ¡Oh, hi de puta, traidor, y qué madrigado y redomado era!

Oye lo que con él nos pasó: entrósenos en casa á medio día, cuando el embajador quería comer, y llegándose á él, dijo ser un soldado natural de Córdoba, caballero principal della, y que tenía necesidad, y así le suplicaba se la favoreciese haciéndole merced. El embajador sacó un bolsico donde tenía unos escudos, y sin abrirlo se lo dió, por parecerle que sería lo que significaba; no contento con esto deteníase contándole quien era, y las ocasiones en que se había hallado de lance en lance. Como el embajador se fué á sentar á la mesa, él hizo lo mesmo; llegando una silla, se puso á un lado; yo iba por la vianda, y veo que otros dos gerifaltes, como él, entraban por el corredor, y como lo vieron comiendo, dijo el uno al otro: «voto á tal, que parece que el pecado nos ata los piés, que siempre este chocarrero nos gana por la mano, que su padre no se hartó de calzarme borcegueses en Córdoba, donde tiene su ejecutoria en el techo de la iglesia mayor: esta es la desventura nuestra; que si pasamos veinte caballeros á Italia, vienen cien infames cual este, á quererse igualar, haciéndose de los godos; como entienden que no los conocen, piensan que engomándose el bigote y arrojando cuatro plumas, han alcanzado la nobleza y valentía, siendo unos infames gallinas, pues no pelean plumas ni bigotes, sino corazones y hombres; vámonos, que yo le haré al marica que desocupe nuestros cuarteles y busque rancho.» Fuéronse, y quedé considerando cuáles eran todos tres y

cómo se honraban. Con los dos me indigné, pareciéndome fanfarrones, y por su mal término en hablar, infamando al que se deseaba honrar, sin ajena costa ni perjuicio, y con el huésped cobré gran ira, por su demasiado atrevimiento: debírase contentar con lo que le habían dado, sin ser desvergonzado, poniéndose á la tabla con semejante desenvoltura; dióme deseo de burlarlo, y aprovechéme poco, pues pensando ir por lana, volví trasquilado, no saliendo con mi intento. Pidióme de beber, hice que no le entendía, señalóme con la mano, acerquéme junto á él, volvió tercera vez con una seña, volví los ojos á otra parte, mesurando el rostro; y viendo que ó lo hacia de tonto ó de bellaco, no me lo volvió á pedir, antes dijo al embajador:

«No le parezca á vuestra señoría ser atrevimiento el haberme sentado á su tabla, sin ser convidado, por las muchas escusas que tengo para ello. Lo primero, la calidad de mi persona y noble linaje merece toda merced y cortesía. Lo segundo, ser soldado me hace digno de cualquier tabla de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesion. Lo último, que se junta con lo dicho mi mucha necesidad, á quien todo es común; la mesa de vuestra señoría se pone para remediar á semejantes, con que no es necesario esperar á ser convidados los que fueron soldados de mis prendas. Suplico á vuestra señoría se sirva mandar que se me dé la bebida, que como soy español no me han entendido, aunque la he pedido.» Mi amo nos mandó darle de beber, y así no pudo escusarse; pero juréle, que me lo había de pagar; trújese la bebida en un vaso muy pequeño y penado y el vino aguado, de manera que lo dejé casi con la misma sed. Mas como á los españoles poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo, con aquella gota pasó como pudo hasta el fin de la comida; habiéndonos todos los pajes conjurado de no mirarle á la cara en cuanto comiese, porque no volviese con señas á pedirlo y nos obligase á darle; mas él supo mucho; que cuando satisfizo el estómago de viandas, y servían los postres, volvió á decir: «con licencia de vuestra señoría voy á beber;» y levantándose de la silla fuése al aparador, y en el vaso mayor que halló echó vino y agua lo que le pareció; y satisfecha la sed, quitándose la gorra, y haciendo una reverencia, salió de la sala y se fué sin hablar otra palabra. Quedó el embajador tan risueño de mis trazas y admirado de la resolución del hombre, que me dijo: «Guzmanillo, este soldado se parece á tí y á tu tierra, donde todo se lleva con fieros y poca vergüenza.»

¶ En libertades de españoles estábamos tratando sobre mesa, cuando entró por la puerta un gentilhomme napolitano, diciendo: «vengo á contar á vuestra señoría el caso mas atroz y de admiracion que se ha visto en nuestros tiempos, que hoy ha sucedido en Roma.» El embajador pidió se lo contase, yo por oírlo entretuvé la comida, lleguéle una silla, y en sentándose, dijo así:

¶ En esta ciudad residió un caballero mancebo, de edad hasta de veinte y un años, de noble sangre y no mucha hacienda; tenía buen parecer, era virtuoso, hábil, diestro y de gran valor por su persona. Enamoróse de una doncella dentro de Roma, y de edad tendría diez y siete años, en extremo hermosa y honesta, ambos iguales en estado y mas en voluntad, pues si uno amaba, el otro ardía: él se llamaba Dorido y ella Clorinia. Sus padres la criaban tan recogida, que no le permitían trato ni conversacion de que pudiera resultarle daño, ni asomar á ventana sino á caso y muy pocas veces; porque el exceso de su hermosura era causa para ser de todos los nobles mancebos codiciada. Sus padres y un hermano que tenía estaban muy celosos, por lo cual no podían los dos amantes tratarse como quisieran. Es verdad que á Clorinia, como bien enamorada, nada se le ponía por delante para mostrarse á Dorido todas las veces que por la calle pasaba; porque tenía pared en medio de su ventana otra de una amiga suya, que con mas libertad, por ser casada,

siempre podia residir á ella; y como le hubiese dado cuenta de sus amores, cuando pasaba Dorido le daba cierta seña con que luego salía por verlo; y así recebian de su amante lo que con esta avaricia podia. Esto estuvo así por algun tiempo, que otra cosa no había mas que mirarse de pasada; pero Dorido, impaciente, codicioso de mejorarse en los favores, buscó modo como con mas comodidad gozar de la dulce vista, ya que otro no le era permitido, y fué hacer amistad muy estrecha con el hermano, que se llamaba Valerio. Dióse tal maña, que no podia Valerio vivir sin Dorido, lo cual fué causa que muchas veces lo llevase á su casa, haciéndole señor della, donde á su placer contemplaba la hermosura de su dama.

¶ Iban con estos cebos tomando los amores fuerzas, declarándose mas las voluntades con los ojos. Clorinia, como menos fuerte y por ventura mas encendida, se descubrió á una criada suya llamada Scintila, la cual, deseosa de servir á su ama, fué á buscar á Dorido, y le dijo: «ya, Dorido, no es tiempo que os escuseis de mí, pues no me es nuevo los amores que pasan entre vos y mi señora, y para que veais que no os engaño, sabed que ella mesma me los ha revelado, pidiéndome ayuda en que os declare su pecho y lo que os ama; y así me dió esta cinta verde, señal de esperanza, para que por su gusto os la pongais en el brazo: bien creó estareis cierto que viene de su mano, pues muchas veces se la conocisteis revuelta en sus cabellos; de manera, que de hoy en adelante podreis fiaros de mí, que tanta gana tengo de servirlos.» Oyendo aquesto Dorido, quedó espantado y mal contento, como aquel que siempre se había recelado della, no teniéndola por capaz de negocio de tanta confianza; temiendo no fuesen descubiertos sus amores; mas visto que no había otro remedio, habiéndolo hecho Clorinia, disimuló su poca satisfaccion, y lo mejor que pudo le agradeció la buena voluntad y obras. Pasados algunos días, y creciendo el deseo en Dorido de hablar á boca á su señora, y no hallando medios para ello, amor que todo lo puede y vence, acometiendo imposibles, le abrió camino, mostrándole modo de poder conseguir lo que tanto deseaba. Estaba pegado á la pared de la casa de Clorinia (que respondía por la calle pública) un pedazo de pared antigua, medio derribada, de altura que casi llegaba á una ventana de la casa, y un poco mas bajo della estaba un agujero tapado con una piedra movediza, que se quitaba y ponía. Este solia servir algunas veces á Clorinia de celosía, mirando por él (sin ser vista) los que pasaban por la calle: era bien conocido de Dorido, por las veces que en él había visto á su señora; parecióle oportunidad favorable á su deseo, comunicó á Scintila, y rogándole que le favoreciese, le dijo: «ya, Scintila, que quise mi dicha que á nuestros amores os haya hallado dispuesta en mi gusto, no dejaré de ponerme en vuestras manos, con seguridad que pondréis en todo el cuidado que la voluntad de servir á vuestra señora y hacerme merced os obligan. Sabed que desde que á Clorinia dió el alma, haciéndola dueño verdadero della y de mi vida, no tengo alcanzado otra cosa mas de haberme respondido con la voluntad, significada por los ojos, por habernos faltado mejor comodidad. Quanto mas me ha sido defendido, mas ha crecido el deseo, que siempre la privacion engendra el apetito: hame venido ahora un pensamiento, como con vuestra ayuda pueda quedar honestamente satisfecho mi deseo. Ya sabeis el agujero que está debajo de la ventana, e será el lugar, y vos el instrumento de mi buena dicha. Diréis á Clorinia, suplicándole por mí, correspondá en mi ruego, y cuando lo rehusase, podreis guiarle la voluntad, si acaso no se atreviere, para que aquesta noche, pues la oscuridad nos ayude, que, ya después de su gente sosegada, se sirva de hablarme por él, que otra cosa no le pido ni pretendo.» A Scintila pareció cosa fácil y sin riesgo, dióle buena esperanza, prometióle su solicitud hasta ponerlo en

efeto, así lo cumplió, y señaló la hora en que pudiera ir, advirtiéndole de cierta señal que haría de la ventana.

¶ Dorido, venida la noche, disfrazado el vestido, fuése al determinado lugar, donde estuvo esperando; llegada la ocasion, cuando todos los de casa estaban sosegados, Scintila se fué á la ventana, y la abrió con achaque de verter un poco de agua; lo cual visto por Dorido, que ya estaba encima de la pared, y habiendo conocido á Scintila, dijo: «aquí estoy;» ella le dijo que esperase, y cerrando la ventana se entró dentro. Dorido quedó saltándole el corazón en el pecho, que parecía querer salir de allí reventando con el deseo, cuidadoso de pensar qué palabras le poder decir: á todo acudía con el pensamiento, y con los ojos á mirar por el agujero lo que la mal encajada piedra permitía. Ya veía cómo Clorinia hablaba con Scintila, ya con sus padres, ya cómo se levantaba de donde estaba y pasaba en otra parte, hasta que, sus padres acostados, la vió venir al puesto, y llegar tan turbada de vergüenza, que intentaba volverse; mas como la esforzase Scintila, llegóse. Luego que se vieron juntos, tanto se turbó Dorido, que aunque estaba prevenido de lo que pensaba decirle, quedó mudo, y ella no menos temblando, sin tener en tal coyuntura quien al uno ni al otro diese aliento para pronunciar palabra; mal ó bien, poco á poco, cuando hubieron cobrado calor las lenguas heladas, formaron de ambas partes algunas con que se saludaron. Dorido le pidió la mano, y ella se la dió de buena gana; no pudo mas que besársela, trayéndola por todo su rostro sin alejarla punto de su boca. Después él alargó la suya, alzando á tentar el rostro de su dama, sin poderse gozar otra cosa, ni el lugar era mas dispuesto.

¶ En esto se entretuvieron un gran rato: en cuanto las manos hablaban ellos callaban, que lo uno impedía lo otro; y como Scintila les daba priesa por el temor de no ser descubiertos, Dorido, con muchos encarecimientos, pidió á Clorinia que la noche siguiente á la misma hora, y él en el mismo lugar, pudiese gozar de aquel regalo; ella se lo prometió, y así se despidieron cada uno lleno de contento, y él mucho mas, que no le cabía en todo el cuerpo; y con el deseo que pasasen presto aquella noche y el siguiente día, se fué á su casa, donde si sentado no podia reposar, en levantándose buscaba en qué acostarse; y como allí no seosegaba, con inquietud y deseo paseábase, no hallaba descanso en cosa alguna. Desta manera padeció hasta la siguiente noche y punto señalado, que con ampollitas estaba midiendo el tiempo, haciéndosele todo perezoso. Fuése á su puesto, esperando que le diesen la seña, metióse en el hueco de una puerta antigua que estaba en el paredon muy cerca de la ventana; y estando para subir al agujero, vió que pasaron dos galanes de dos damas de la misma calle, los cuales anduvieron por ella dando vueltas, esperando que se desocupase por gozar de otra semejante ocasion. Eran grandes amigos de Dorido, y sabían que andaba enamorado de Clorinia. Conociéronse bien los unos á los otros; mas como en sus amores andaba tan recatado, no quería descubrirse, por la sospecha que pudiera dar de lo que no había; y así, en cuanto aquellos por allí estuvieron paseando, no se atrevió á subir en el paredon por no ser visto, que aunque la noche fuera mas escura, se dejara muy bien reconocer el bulto por los que allí estaban, aunque por los que pasaran de largo no se advertiera tanto; y así porque no lo conciesen, yéndose de allí, se puso mas lejos, esperando que se fueran ó entretuviesen en sus paradas para volver á la suya. Mas como vió que tardaban y llegase la hora, parecióle si su dama venía, y allí no lo hallaba, que ignorando la causa se lo tuviera por descuido y poco amor; esto llegó con la cólera en tal desesperacion, que estuvo determinado de acometerles, dándoles caza si no le aguardaran, y, si se defendían, matarlos. Pudíralo bien hacer, así por su mucho es fuerzo, como porque iba bien apercebido; demás que

la ira en que ardia le ayudara, que semejante coraje acrecienta las fuerzas, y mas que los cogiera descuidados; pero considerando no el peligro, sino el estado de sus negocios, por no perderlos estuvo sosegado, mordiendo los labios, torciéndose las manos, mirando al cielo, dando pisadas á la tierra como un loco. Viendo pues que el tiempo era pasado se fué tan disgustado, cuanto alegre la noche pasada.

¶ Luego el siguiente dia estos dos hombres fueron en busca de Dorido, y le dijeron: «ya, señor, sabeis que somos vuestros amigos, y como tales no es justo entre nosotros haya cosa oculta; lo mismo es justo, si lo sois nuestro, se haga de vuestra parte, diciéndonos la verdad que se os preguntare y fuere lícito. Ayer, á cuatro horas andadas después de anochecido, paseando por nuestra calle, que así la podemos llamar (pues en ella tenemos cada cual de nosotros el alma), buscando nuestra ventura, vimos un hombre que nos anduvo acechando, siguiéndonos los pasos sin perdernos de vista un solo credo. Tuvimos deseo de reconocer quien fuera, y lo dejamos de hacer por no causar un escándalo: no pudimos aun sospechar quien fuese, hasta después estar certificados, por lo que sucedió, ser vos; y fué que habiéndonos parado cerca de la ventana de vuestra dama, la sentimos abrir y ponerse á ella Scintila, que viendo los bultos y no conociendo, dijo: «Dorido, ¿por qué no subís?» Cuando aquello le oímos, con una impertinente curiosidad, fiados de vuestra amistad, le respondí: «¿por dónde?» A esta palabra, sin replicar otra alguna, cerrando la ventana se entró dentro: de donde sospechamos debíamos de haber hecho algun concierto, y por no impedirlo nos fuimos de allí luego y en vuestra busca, mas no parecistes; y así no pudimos decirlo hasta ahora lo pasado. Mas porque deseamos servirlos, y que, conservando nuestra amistad, nuestras pretensas vayan adelante, cada uno con la suya, sin que podamos impedirnos, partamos la noche: nosotros tomaremos de la media hasta el dia, y si lo quereis al trocado, sea como gustáredes, que á nosotros todo nos viene á ser una cuenta.» Dorido quisiera disimular con ellos; mas hallándose atajado con razones, no pudo, y así escogió la primera que le ofrecieron, y con esta llaneza prosiguió la noche tercera su visita, bien falto de esperanza de hacerla, y que ella allí volviérase por el suceso pasado. Mas como Clorinia amaba, nada se le ponía por delante, que con mucho cuidado solicitaba si volvería su galán, por alegrarse con su vista, y saber qué impedimento le hubiera hecho faltar la noche pasada.

¶ En tanto que sus padres estaban cenando, levantándose de la mesa fué al agujero: podíalo hacer con seguridad, porque la chimenea, junto á la cual cenaban, estaba la una puerta de la sala, que era grande, y la ventana del agujero á la otra, cerca del rincón della, y en medio habia ciertos embarazos que impedían la vista de la una parte á la otra. Sus padres estaban de manera que fácilmente pudiera llegar y hablar bajo sin ser sentida de alguno; verdad es, que estaba sobre aviso de lo que pudiera suceder para quitarse presto. Ella llegó á tan buen tiempo, que ya Dorido la estaba esperando, porque desde la calle le pareció sentir pasos en la sala: fué cierta señal para él que serían de su dama; subió presto á verla, y como era la segunda vez que se veían, ya no tuvieron el empacho que primero. Hablaronse con mas osadía; lo que les dió lugar el tiempo (que fué aquella noche breve y como hurtado), despidiéronse con grandes ternezas, dejando concertado que en cuanto la luna les diese lugar con la menguante, gozasen ellos de su creciente, hasta que otro mejor medio se hallase. En este tiempo un mancebo, muy gran amigo de Dorido, que llamaban Horacio, se enamoró de Clorinia, serviala, no embargante que entendía ser prenda de su amigo; pero juntamente sabia que no trataba de casarse con ella, y él sí. Confiándose de su grande amistad en la justa petición y causa honesta, le pi-

dió muy encarecidamente desistiese de los amores de Clorinia y le diese lugar, pues el fin de ambos era tan diferente.

¶ Valieron mucho con Dorido las afectuosas palabras y ruego lícito de Horacio, y así le respondió ser muy contento, prometiéndole, si su señora dello gustase, desembarazaría el puesto, dejándole desocupada la plaza sin contradicción alguna, y viviese seguro que no le sería competidor, para lo cual haría dos cosas: la una, desenganar á Clorinia, diciéndole cómo por cierto voto él no podía ser casado con ella; y la otra, que para poderla olvidar procuraría amar en otra parte; pero que por la grande amistad que con Valerio tenia, no podía dejar de visitarla, y dello podría resultarle algun provecho, y de ninguna manera daño; pues entendía favorecerlo en las ocasiones que se ofreciesen. Quedó con esto Horacio contento, satisfecho y muy agradecido á Dorido, no considerando que habiéndolo dejado á la elección de Clorinia, hasta saber su voluntad, habia poco negociado; y el haber hecho Dorido la oferta, fué confiado que hablar á Clorinia en ello fuera sacarle el corazón. Con estas varias confianzas, Horacio pidió á Dorido hablarse por él, y así se lo prometió por conservar su amistad, no dando nota ni escándalo en sus amores. Como lo ofreció lo hizo, que viéndose con su dama, le relató una grande arenga de todo lo pasado, diciéndole, que si su voluntad era amar á Horacio, que nunca Dios permitiera que él impidiera su honrado intento; mas á lo menos, cuando no lo quisiese, tenia obligación de agradecerle la voluntad, no mostrándosele áspera, y si pasase por la calle no huille, que le hiciese rostro alegre, aunque fuese fingido. A esto respondió Clorinia con enojo, diciendo: que no le mandase tal ni hablarse mas en ello; porque cuando por este fin él la dejase, antes gustaría de ser aborrecida, que ofenderle y ofenderse, poniendo su amor en otra parte; que él habia sido el primero y sería el último en su vida, la cual desde luego le sacrificaba, para que no siendo caso de mandarle que lo olvidase, dispusiese de todo lo restante de su voluntad.

¶ No dejaba Dorido de recibir contento, por ser el verdadero crisol donde se afinaban sus amores, y la seguridad con que lo amaba; y así no se lo volvió á tratar, antes prosiguió sus visitas de dia y noche, habiendo primero desengañado á Horacio de lo pasado. El no lo quiso creer, entrístiese grandemente de oírlo, y con todo esto no dejaba de servirla; mas nunca la halló dispuesta en hacerle algun favor, antes áspera y rigurosa, de donde resultó que viéndose desengañado y á Dorido preferido, el furor irritó la paciencia, encendiéndose de tal manera en una ira infernal, que el amor que le tenia trocó en aborrecimiento; y así como por lo pasado siempre deseó servirla, de allí adelante se desvelaba buscando su daño, poniendo en ello todo su estudio y diligencia, de tal manera, que como hubiese algunas veces acechado á Dorido, y supiera la hora, lugar y modo cómo subía por el paredon y se hablaban, una noche se anticipó á la venida del verdadero amante, y fingiendo ser él subió al puesto y hizo un pequeño ruido con la piedra que estaba en el agujero, según lo habia visto hacer algunas veces; pues como Clorinia sintió la señal, y sin considerar el tiempo, que era muy anticipado, acudió al reclamo luego; quitando la piedra, recibió con dulces palabras al fingido amante, que callado estaba, lo cual incitó mas á Horacio en su traición; y metiendo la mano por el agujero, así de la de Clorinia y se la sacó afuera, fingiendo quererle besar; así se la tuvo apretada con la suya izquierda, y con la derecha, sacando un afilado cuchillo que llevaba, sin mucha dificultad y con suma impedida en el corte y llevó consigo, dejando á la triste doncella en el suelo amorcificada; porque el dolor que se habia de desfogar con voces y quejas, refrenólo, haciendo fuerzas á la flaqueza femenil; encerróse en el corazón, y ofendiendo los espíritus vitales, quedó casi muerta.

¶ Allí acabara sin duda, si brevemente no acudieran, que como la hallasen menos, y llamándola no respondiese á sus padres, alborotados dello salieron á buscarla, y la hallaron desangrándose en el suelo junto del agujero que quedó abierto; y en verlo ensangrentado, dió indicios de la causa de su muerte, que tal se juzgaba, pues en ella no habia señal de vida. Viendo los afligidos padres el cruel espectáculo triste, y el tronco del brazo sin su mano, no pudiendo refrenar el dolor, cayeron como muertos juntos á la sin ventura hija, no menos desalentados que ella estaba; mas volviendo luego en sí, con las mayores lástimas que nunca se oyeron, comenzaron á lamentar su mucha desventura y lastimoso caso; pero en medio del escesivo dolor, consideraron ya que la vida de la hija se perdía, que también perdían la honra, y no ser lícito aventurarlo todo junto. Parecióles ocultar el suceso, refrenando los suspiros y gemidos; así sosegaron la casa; y llevando á Clorinia, con los muchos beneficios que le hicieron la volvieron algo en sí; la cual viéndose en medio de sus padres llorosos y de aquella manera, le fué otro tanto dolor, y acrecentado de la vergüenza, de nuevo se amorteció. Visto por ellos, creció su dolor, de manera que se les arrancaban las almas; y con las palabras mas tiernas que podían, regaladamente procuraban consolarla, diciéndole dulces amores, como padres que tanto la querían, para curarle con ellas la herida del ánimo, que era la que mas ella sentía. Con esto la aflicta Clorinia se alentó algun tanto, y llorando su mal, que hasta entonces no habia podido, movía las piedras á sentimiento. Luego con gran secreto trataron de curarla. Valerio, su hermano, fué á llamar un cirujano amigo suyo, de quien podia secretamente fiarse. La noche hacia muy oscura, llevaba una lanterna, con la cual al atravesar una calle reconoció á Dorido, que muy descuidado venia para verse con su dama, ignorante de todo lo pasado; comenzólo á llamar con voz dolorosa y triste, y como volviése, le dijo: «¡ay, amigo verdadero! ¿dónde vais? ¿vais por ventura á llorar con nosotros nuestras desgracias, y el trágico dolor que nos acaba las vidas? ¿Habeis visto ó sentido desventuras como la nuestra, y de la desdichada Clorinia? ¡Ay! que á vos, que sois amigo verdadero no se podrá encubrir lo que á todo el mundo habedmos de negar; porque sé que habedmos de tener en vos compañero á nuestro duelo; y que como nosotros mismos hareis diligencia en la venganza, procurando saber quien sea el cruel homicida de mi hermana.»

Dorido quedó sin sentido de oír estas palabras, y fué maravilla poderse tener en pie, según le hirieron en el corazón; pero cobrándose algo con el deseo de entender el caso, procurando esforzarse, con voz turbada preguntó lo que habia sido. Valerio le dijo por orden lo pasado, y cómo iba á llamar un cirujano; rogóle se fuese con él, pues corría peligro la tardanza con la vida de Clorinia. Dorido lo acompañó, y aunque le hacia mas menester ser consolado que dar consuelo, todavia lo menos mal que pudo dijo así: «Valerio hermano, es tanto lo que siento vuestras lástimas, y de la desdichada Clorinia, que no menos que á vos me pueden dar el pésame de su desdicha: de tal manera lo siento, que estoy seguro y cierto que no me haceis ventaja; empero viendo cuán poco el dolor aprovecha ni el llanto importa, no acudo á mas que aconsejarme en lo que se debe hacer; y os digo que se busque al traidor que tal maldad ha hecho, para que en él se ejecute la mayor venganza que nunca se hizo. Yo me encargo dello, que para esta diligencia bien creo seré bastante á salir con ella, descubriendo rastros por donde lo halle. Vos id por el cirujano, que no es bien, donde á tanto se ha de acudir, que todos asistamos á una cosa, siendo la de mi cargo tan forzosa; cada uno haga la suya; idos con Dios, que no me basta la paciencia en detenerme punto; con esta se apartaron. A Dorido se le asentó en el ánimo, que otro que Horacio no pudo haber sido autor de tal maldad, por muchas ra-

zones que concurren, que cada cual era manifiesto indicio dello; y así determinó hacer en él un castigo igual á lo que su justo enojo le pedía. Con esta determinación se fué á su casa, y entrando en su aposento, soltó las riendas al llanto, lamentando el áspero desastre: «Clorinia (le decía) de mis ojos, bien veo el mal que por mí te ha venido; yo fui la causa dello; engañóte el traidor Horacio; pensaste que era tu querido Dorido. ¡Ay desdichada señora de mi vida! Yo te truje á este paso tan amargo; yo te he muerto, pues te inquieté de tu reposo, yo te saqué de tu recogimiento. ¡Ay malditos ojos que te vieron! ¡Ay maldita lengua con que pedí me hablases! Amada Clorinia, vida mía; ya no vida sino muerte, pues con la tuya vendrá la mía; yo te hice este mal, mas viva yo hasta que te vengue; y vive tú hasta que sepas la venganza en el traidor, que será tan ejemplar como es justo, para que quede por memoria en siglos venideros. Yo prometo sacrificar á tus cenizas la impía sangre del traidor Horacio; por una mano que te quitó darás dos suyas: una cortó inocente, dos le cortaré sacrílegas. Déte tanta vida el cielo, que lo alcance y deje gozar el galardón que por ello te debo. Y tú, dulce Clorinia, perdona la culpa que tengo, que si fuese tu gusto mi muerte, con mis manos te lo hubiera dado.»

¶ Con estas y otras lastimosas palabras lloraba el caso digno de eternas lágrimas, y bien el dolor le acabara según le apretaba; mas ibase sustentando con el deseo de venganza, y así entre muerte y vida pasó aquella noche. Luego el siguiente dia los fué á visitar; los padres y hermano de nuevo renovaron las lágrimas abrazando los unos á los otros; y el padre dijo: «¿qué desdicha tan grande, hijo Dorido, ha sido la nuestra? ¿Qué rigor de cielos contra mí se conjuraron? ¿Qué furia infernal intentó semejante delito? ¿Qué os parece de nuestra desgracia? ¿Cómo sentís nuestra honra? ¿Qué capa cubrirá mancha tan fea? ¿Y qué venganza podrá mitigar dolor semejante? Decidnos, ¿qué consuelo será el nuestro? ¿Cómo podremos vivir sin la que nos daba vida?» Dorido no pudiendo resistir las lágrimas, consolando á los afligidos padres y hermano, dijo: «no es tiempo, señores, de gastarlo lamentando, antes debemos ocuparlo en lo que mas á todos nos es importante; y aunque para lo que quiero proponer fuera necesario no ser yo mismo, la ocasion y secreto me obliga que lo haga. Bien conoceans y habeis visto la general desdicha sucedida, tan vuestra como mía, y mas mía que vuestra. Por sentir vuestro dolor juntamente con el mio veo cortado el hilo de mi vida, que solo espero la muerte tan amarga, cuanto creí me fuera dichosa, si la acabara primero que Clorinia. Ya sabeis quien soy, y con esto vuestró mucho valor y calidad, que cuando al mio no sobrepujara, lo hiciera la singular amistad que me habeis tenido, poniéndome en obligación eterna. Este caso es propio mio, y para que así lo entienda el mundo, lo que después por otro tercero habia de suplicaros, quiero pedir de merced me deis á mi Clorinia por esposa, y con esto haceis dos cosas, rescatáis vuestras honras, y ejecutáis con mano propia la venganza. Si el cielo me fuere tan favorable que le conceda vida, conmigo quedará, no como merece su calidad, mas como se debe á mi deseo de servirla; y si otra cosa sucediere, bien es de sepa que lizo su esposo lo que estuvo obligado, y no Dorido amigo de sus padres; concededme este bien, por lo bien que á todos podria resultar dello.» A los padres y hermano pareció justa y honrada petición, agradeciéronsele mucho; mas porque quien mas en ello habia de ser parte era Clorinia, quisieron tomar su parecer, la cual cuando se lo dijeron le salieron las lágrimas de gozo, y dijo: «con sola esta espero tener vida, y si mas caro me costara la compra barato; confío en Dios de vivir alegre y morir consolada; y así suplico se haga como mi esposo Dorido lo pide.» Luego lo llamaron, y viéndose juntos, en mucho rato no pudieron hablarse, con lo que las almas de los dos

sentian; y así se juraron, quedando concertado el matrimonio, y hechas en él con todo secreto las diligencias que convino, entre tanto que pudieran ser desposados. En esto pasaron tres dias, y del contento parecia tener Clorinia alguna mejoría; mas era fingida, porque con la mucha sangre que le habia salido, poco á poco se acababa. ¶ Viendo Dorido ser imposible escapar su esposa con la vida, porque muriese de todo punto alegre y satisfecha (si tal puede haber en la muerte) al cuarto dia, pareciéndole tiempo conveniente á lo que tenia trazado, para el quinto convidó á Horacio como hacia otras veces, el cual confiado en el secreto con que cometió el delito, y que ni en la ciudad ni vecindad se hablaba ni entendia palabra, paseábase muy seguro como si tal no hubiera hecho, y así no se recelaba. Dorido, para mas desvelarlo, fingió no saber alguna cosa, mostróle el rostro alegre, la boca risueña, que asegurado también con esto aceptó el convite. Habia hecho Dorido conficionar un vino que daba profundo sueño siendo bebido, el cual secretamente mandó que le sirviesen á la mesa; hizose así, y habiendo comido, con el postrer bocado se quedó en la silla como un

muerto. Luego Dorido, atándole los piés y brazos fuertemente á los de la misma silla, cerradas todas las puertas de la casa, y ellos dos en ella solos, le dió á oler una poma, con que luego recordó del sueño en que estaba sepultado; y viéndose de tal modo, sin ser señor de poderse menear, conoció ser castigo de su culpa. Dorido le cortó ambas manos, y en el canto de la silla le dió garrote, con que le dejó ahogado; y esta madrugada lo trujo antes de amanecer delante de sí en la silla de un caballo, y poniendo un palo en el agujero donde cometió el delito, lo dejó ahorcado dél, y con una cinta las dos manos atadas al cuello. Con esto se ausentó de Roma, pareciéndole que sin su Clorinia, patria ni vida pudieran consolarlo. Hoy que amaneció este espectáculo ha fallecido Clorinia, y en este punto acaba de espirar. ¶

¶ Al embajador causó gran lástima y admiracion el caso; era hora de ir á palacio y despidiéronse; yo di mil gracias á Dios, que no me hizo enamorado; pero si no juzgué los dados, hice otros peores baratos como verás en la segunda parte de mi vida, para donde, si la primera te dió gusto, te convidó. ¶

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE GUZMÁN DE ALFARACHE.

GUZMAN DE ALFARACHE.

PARTE SEGUNDA.

LIBRO PRIMERO.

DONDE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ DESDE QUE SIRVIÓ AL EMBAJADOR SU SEÑOR, HASTA QUE SALIÓ DE ROMA.

CAPITULO PRIMERO.

Guzmán de Alfarache disculpa el proceso de su discurso, pide atencion y da noticia de su intento.

Comido y reposado has en la venta; levántate, amigo, si en esta jornada gustas de que te sirva, yendo en tu compañía, que aunque nos queda otra, para cuyo dichoso fin voy caminando por estos pedregales y malezas, bien creo que te se hará fácil el viaje, con la cierta promesa de llevarte á tu deseo. Perdona mi proceder atrevido, no juzgues á descomedimiento tratarte desta manera, fálto de aquel respeto debido á quien eres; considera que lo que digo no es para tí, antes para que lo reprehendas á otros, que como yo lo habian menester.

¶ Hablando voy á ciegas, y diráme muy bien, que estoy muy cerca de hablar á tontas, pues arrojo la piedra sin saber dónde podrá dar, y diréte á esto lo que decia un loco que arrojaba cantos: cuando alguno tiraba daba voces, diciendo: *guarda aho, guarda aho, todos me la deben, dé donde diere.* Aunque también te digo, que como tengo las hechas, tengo sospechas: A mí me parece que son todos los hombres como yo, flacos, fáciles, con pasiones naturales y aun estrañas, que con mal seria, si todos los costales fuesen tales; mas como soy malo, nada juzgo por bueno: tal es mi desventura; y de semejantes convierto las violetas en ponzoña, pongo en la nieve manchas, maltrato y sobajo con el pensamiento la fresca rosa. Bien me hubiera sido en alguna manera no pasar con este mi discurso adelante; pues demás que tuviera escusado el serte molesto, no me fuera necesario pedirte perdon para ganarte la beca, y conseguir lo que mas aqui pretendo; que aun muchos, y quizá todos los que comieron la manzana, lo juzgarán por impertinente y superfluo, empero no es posible; porque aunque tan malo; cual tienes de mi formada idea, no puedo persuadirme que sea cierta, pues ninguno se juzga como le juzgan; yo pienso de mí lo que tú de tí: cada uno estima su trato por el mejor, su vida por la mas corregida, su causa por justa, su honra por la mayor y sus elecciones por mas bien acertadas. Hice mi cuenta con el almohada, pareciéndome, como es verdad, que siempre la prudente consideración engendra dichosos acaecimientos, y de acelerarse las cosas nacieron sucesos infelices y varios, de que vino á resultar el triste arrepentimiento, porque dado un inconveniente, se siguen dél infinitos. Así, para que los fines no se yerren, como casi siempre sucede, conviene hacer fiel exámen de los principios, que hallados y elegidos está hecha la mitad principal de la obra, y dan de sí un resplandor que nos descubre de muy lejos con indicios naturales lo por venir. Y aunque de suyo son

en sustancia pequeños, en virtud son muy grandes y están dispuestos á mucho; por lo cual se deben dificultar cuando se intentan, procurando todo buen consejo; mas ya resueltos una vez por acto de prudencia, se juzga el seguirlos por osadía; y tanto mayor, cuanto fuere mas noble lo que se pretende con ellos. Y es imperfeccion, y aun liviandad notable, comenzar las cosas para no fenece-las, en especial si no las impiden súbitos y mas graves casos, pues en su fin consiste nuestra gloria. ¶

¶ La mía (ya te dije) que solo era de tu aprovechamiento; de tal manera, que puedas con gusto y seguridad pasar por el peligroso golfo del mar que navegas. Yo aqui recibo los palos; y tú los consejos en ellos; mia es la hambre y para tí la industria, para que no la padezcas. Yo sufro las afrentas de que nacen tus honras; y pues has oído decir que *aguese te hizo rico que te hizo el pico*, haz por imitar al discreto yerno, que sabe con blandura granjear del duro suegro, que le pague la casa, le dé mesa y cama, dineros y esposa con que se regale, abuelos, que como esclavos y truhanes crien, sirvan y entretengan á sus hijos. Ya tengo los piés en la barca, no puedo volver atrás; echada está la suerte, prometido tengo, y como deuda, debo cumplirte la promesa en seguir lo comenzado. El sujeto es humilde y bajo; el principio fué pequeño; lo que pienso tratar, si como buey lo rumias, volviéndolo á pasar del estómago á la boca, podria ser importante, grave y grande. Haré lo que pudiere, satisfaciendo al deseo, que hubiera servido de poco alborotar tu sosiego, habiéndote dicho parte de mi vida, dejando lo restante della. Muchos creo que dirán, ó ya lo han dicho: mas valiera que ni Dios te la diera, ni así nos la contaras, porque siendo notablemente mala y distraída, fuera para tí mejor callarla, y para los otros no saberla. Lejos vas de la verdad, no aciertas con la razon en lo que dices, ni creo ser sano el fin que te mueve: antes me causa sospecha, que como te tocan en el ax, y aun con solo el amagarte, sin que te lleguen, te lastiman; que no hay cuando al disciplinante le duela, y sienta mas la llaga que se hizo él propio, que cuando se la curan otros. ¶

¶ O te digo verdades, ó mentiras; mentiras no, y á Dios pluguiera que lo fueran, que yo conozco de tu inclinacion que holgaras de oirlas, y aun hicieras espuma con el freno; digo verdades, y hácensete amargas. Picaste dellas, porque te pican: si te sintieras con salud, y á tu vecino enfermo; si diera el rayo en cas de Ana Diaz, mejor lo llevaras, todo fuera sabroso, y yo de tí muy bien recibido. Mas para que no te me deslices como anguila, yo buscaré hojas de higuera contra tus bachillerias, no te me saldrás por esta vez de entre las manos. Digo, si quereis